

El para qué de la ciencia en Ñuble



DR. JOSÉ SANDOVAL DÍAZ
DIRECTOR CENTRO DE
ESTUDIOS ÑUBLE UBB

En un contexto de ajuste fiscal y eventuales recortes de programas estatales, la situación del Ministerio de Ciencia instala la pregunta: ¿qué lugar ocupa el conocimiento en la estrategia de Desarrollo país? La reducción presupuestaria, la suspensión de nuevas convocatorias de becas y el ajuste 2027 anunciado no son medidas aisladas; advierten el riesgo de debilitar capacidades científicas construidas durante años en formación avanzada, investigación asociativa, centros científicos, cooperación internacional y desarrollo territorial regional.

La discusión, por tanto, no es solo presupuestaria. También remite al sentido público de la ciencia. Cuando la investigación —especialmente la básica— se evalúa únicamente por su aporte inmediato al empleo, la productividad o la rentabilidad económica, se reduce su valor estratégico y se empobrece su función pública.

La ciencia no solo produce innovación transferible al mercado; también genera evidencia para orientar decisiones, anticipar riesgos, fortalecer capacidades y comprender problemas



En tiempos de incertidumbre, no basta con invocar el discurso vacío de la innovación ni confiar ciegamente en las respuestas de ChatGPT; se requiere más ciencia, mayor descentralización del conocimiento y capacidades territoriales sostenidas. Porque el para qué de la ciencia no se agota en la innovación ni en su transferencia: también consiste en comprender, cuidar y transformar las condiciones de reproducción de la vida"

complejos que afectan la vida cotidiana.

Por ello, el debate no puede limitarse a cuánto cuesta financiar ciencia ni a cuánta innovación aplicada puede generar. Menos aún puede quedar atrapado en la "retórica insustancial de la innovación", entendida como simple novedad, emprendimiento o cambio tecnológico, sin discutir sus fines, condiciones, métodos y efectos sociales. La pregunta de fondo es ético-política: qué ciencia queremos sostener, desde qué territorios y al servicio de qué proyecto país.

Desde Ñuble, esta discusión deja de ser abstracta. La violencia escolar, los incendios recurrentes y la crisis del rubro remolachero muestran que la salud mental estudiantil, la preparación ante desastres y la transformación productiva rural no se resuelven solo con plataformas digitales, alertas tempranas o dispositivos de control. Estas herramientas pueden ser necesarias, pero resultan insuficientes si no se articulan con las condiciones sociales, institucionales y territoriales donde buscan operar.

Ahí radica la importancia del conocimiento producido desde

regiones.

Sin diagnósticos propios, las respuestas públicas tienden a ser reactivas, estandarizadas o de baja apropiación social. En cambio, una investigación pertinente permite comprender saberes locales, formas de organización, confianzas y condiciones sociomateriales que inciden en la efectividad de cualquier política, programa o tecnología.

Por eso, recortar ciencia puede presentarse como ahorro inmediato, pero en el largo plazo debilita la autonomía cognitiva del país: reduce su capacidad para comprender sus propios problemas y lo expone a importar agendas, diagnósticos y soluciones diseñadas desde otras realidades.

En tiempos de incertidumbre, no basta con invocar el discurso vacío de la innovación ni confiar ciegamente en las respuestas de ChatGPT; se requiere más ciencia, mayor descentralización del conocimiento y capacidades territoriales sostenidas. Porque el para qué de la ciencia no se agota en la innovación ni en su transferencia: también consiste en comprender, cuidar y transformar las condiciones de reproducción de la vida.